

PRÓLOGO

Con tan solo cruzar la puerta del local de Morris soy consciente de que venir ha sido una muy mala idea. De hecho, tal vez sea una idea catastrófica porque, si Troy nos ha convocado aquí un jueves cualquiera sin motivo aparente, es que hay algo que va mal.

La cuestión es que sé que es una idea pésima sin siquiera tener claro por qué nos ha citado aquí. A todos. Sin excepción.

Mal asunto, ¿no creéis?

Por los altavoces del local que ha visto mejores tiempos suena *Before He Cheats* de Carrie Underwood y una sonrisa tironea en mis labios porque sé que a mi hermana pequeña le encantaría escucharla. «Por los viejos tiempos», diría y brindaríamos con cualquier cosa que sepa a aguarrás y que nos deje una resaca bastante difícil de disimular a la mañana siguiente, eso sí, lo haríamos en familia.

Hasta en las borracheras siempre hemos estado unidos.

Sobre todo en las borracheras.

No me importa admitir lo mucho que la echo de menos y lo mucho que odio que se haya ido a vivir a Chicago. Aunque me agrada que por fin haya dado con un tipo que la quiera y la valore tal y como es, en especial, porque no tendré que cargármelo por haberle roto el corazón a nuestra pequeña Winter, tal y como Lincoln y yo planeamos en su día con el otro tipo con el que salía.

Acabar en la cárcel no encabeza la lista de cosas que me hacen especial ilusión ni de las que me harán feliz en un futuro próximo. Mi padre me soltaría un discurso sobre lo decepcionado que se encontraría, y mi abuela me propinaría la mayor —y más merecida— colleja que jamás se haya visto por estas tierras.

—¡Por fin el capullo hace acto de presencia!

Lincoln alza la copa en mi dirección y ya sabéis lo que sucede tras eso, ¿verdad?

Sí, de un solo trago.

—Lo bueno se hace esperar, hermanito. —Y me señalo, obvio, porque me refiero a mí mismo.

Espera, espera, no te adelantes, no es que sea un chulo en potencia ni nada por el estilo, es solo que mi deporte favorito es sacar de sus casillas a mis hermanos en general y a Lincoln en particular.

Ya lo iréis entendiendo...

El susodicho me observa de arriba abajo y alza una ceja, escéptico. Sé lo que viene tras ese gesto tan suyo y que tantas ganas de matarlo me dan.

—Si por «bueno» te refieres a que ni siquiera has tenido la decencia de ponerte un vaquero que no estuviese roto, cambiarte el sombrero por uno que no parezca que está a punto de desintegrarse y quitarte esa camiseta gris de algodón que te encanta llevar día sí y día también... Sí, puede que lo bueno se haga esperar.

Da un golpe en la barra, y Morris, el mejor camarero y propietario que existe del mayor tugurio de Nashville —que no se entere de que os he contado esto, olvidadlo ya de ya—, lo interpreta como una señal para rellenar la copa que mi hermano ha vaciado en tiempo récord.

Esto es lo mejor de los pueblos pequeños como el nuestro, todos nos conocemos, y Morris mejor que cualquiera. Se rumorea por ahí que cuando alguien es testigo de tus borracheras y posteriores vomitonas, no solo ya no puedes caer más bajo de lo que has caído, sino que ya no les queda nada por conocer de ti y, lamentablemente, Morris ha visto de esa guisa al setenta por ciento de la población. Y quizá me quedo corto en el porcentaje.

Es lo que tiene que tu local sea uno de los más visitados. A pesar de estar cayéndose a pedazos, sí.

—Troy dijo y cito textualmente: «Es importante. De vida o muerte. Nada de entretenerte, Zane, que eres el hombre más galán que existe».

¿Qué? Me encantan las camisetas de algodón monocolor, ahora bien, eso no quiere decir que no me guste recortarme la barba, hidratarme la piel, y Winter asegura que hay unos productos para las líneas de expresión que... Vale, ya lo dejo, no me miréis de esa forma, lo pillo.

Más adelante haremos un *get ready with me* si es necesario, pero la ocasión no da lugar. Y con «ocasión» me refiero a que todos me mirarían de una forma extraña en este instante.

—Pues esta vez te lo has tomado al pie de la letra.

—Me ha dado tiempo de ducharme.

—A Dios doy gracias. —Me olfatea, porque Lincoln es un mamarracho de mucho cuidado al que solo supero yo. O no, ¿quién sabe?

Alzo la mano para indicarle a Morris que me sirva lo de siempre. Lo de siempre un jueves por la noche, que es, ni más ni menos, que una cerveza rancia de barril rancio que adoro por encima de todas las cosas.

¿Qué le vamos a hacer? Soy un tipo de gustos sencillos que con poco se conforma.

—¿Y bien? ¿Sabes algo de lo que sea que quiere contarnos Troy? —tanteo.

Lincoln es mi hermano y lo quiero, joder, sin ponerme sensible ni nada de eso, no vayáis a pensar que soy un chico con un corazón de oro ni por asomo, que ya sabemos lo que sucede cuando vas con expectativas en esta vida: la hostia suele ser considerable. Considerable y dolorosa de cojones.

El caso es que sí, Lincoln puede parecer un tipo íntegro, serio, cabal, el *quid* de la cuestión está en el verbo «parecer», justo ahí radica el problema, «parece» todo eso, pero es tan capullo como lo podemos ser el resto de nuestros hermanos.

Y no nos escondemos.

Por eso es por lo que le pregunto al resto antes de que lleguen, los capullos entre ellos se entienden, ¿no es así?

Before He Cheats ha dejado de sonar, y Aretha Franklin ha tomado el relevo. No hay nada que le guste más a Morris que los clásicos de ayer y hoy. Y a mí.

—No tengo ni la menor idea. Eso sí, si resulta que el mundo se va a acabar, que nos pille medio borrachos, aunque sea jueves por la noche.

Y, como si de una de esas invocaciones místicas se tratase, Troy, Carter y Jeremiah cruzan la puerta del local justo cuando George Michael entona la primera frase en este dúo que se han marcado y que nos dejan boquiabiertos siempre que los escuchamos.

Puede que Morris tenga un local, que de local tenga poco y de cuchitril mucho, eso sí, el buen gusto musical no se lo puede negar nadie. Tampoco las raciones de pollo frito picante, que te dejan la boca como si se te fuese a caer de un momento a otro o como si necesitases un trasplante de labios con urgencia. A pesar de ello, es imposible dejar de comerlo hasta que el plato está completamente vacío.

—¡La que faltaba! —grita mi hermano por encima de la música, trayéndome de vuelta al presente y al motivo por el que se supone que sigo aquí y no he vuelto a casa para descansar. Empiezo a plantearme cuántas cervezas se ha bebido Lincoln ya.

—¿A que me estabais esperando? —vocea mi cuñada.

No hay ni un solo alma en este local que no alce la cabeza solo para comprobar que Lissy Sinclair es la portadora de esos gritos y de las maldades que a partir de este instante se sucedan en este sitio.

La adoro. Es más, Carter es un suertudo porque Lissy es una mujer increíble, chalada y gritona, pero increíble.

—Hola, cuñada —la saludo extendiendo los brazos para acogerla entre ellos.

Carter se lanza en mi dirección y me fastidia el abrazo.

—No esperaba este recibimiento —ironiza mi hermano.

—No es a ti a quien quería abrazar, sino a tu mujer.

—Me has roto el corazón —suelta con sarcasmo mientras se aparta para cederle el paso.

No hay nada que Carter no haría por Lissy. Tampoco hay nada que el resto de la familia no hiciese por ella.

—Yo no tengo la culpa de que prefiramos a Lissy antes que a ti —sentencio sonriente.

Me palmea la espalda, para nada ofendido. Me encanta este buen rollo que nos traemos, esa es la realidad.

—Yo tampoco tengo la culpa de que Lincoln siempre haya sido mi favorito. —Lo retiro, sí que estaba ofendido.

—Auchhh —me quejo y, en esta ocasión, soy yo el que le da una palmada en el hombro.

—Dios los cría... —susurra Lissy, que ha empujado de forma nada sutil a su marido para recibir ese achuchón que tanto le gusta.

Es una mujer tierna, lo que sucede es que lo esconde bajo capas y capas de mordacidad, ironía y alcohol, sobre todo alcohol. Ya llegaremos a eso.

—¿Qué tal los pequeñajos?

—Pregunta mejor por tus padres, ya que son ellos los que se han quedado con los terremotos de tus sobrinos.

—Rezaré por ellos.

—Tú no sabes rezar, Zane.

—Rezaré por aprender a rezar en algún momento de la vida —apostillo ganándome un tironcito de pelo.

Y es con ese tironcito tan tonto y casual que algo al fondo del local me llama la atención. Una melena fuera de lo común, con un color nada habitual, unas ondas que parecen explosivas y unas curvas... Dejémoslo ahí antes de que me prejujuéis una vez más y con toda la razón del mundo.

Trago con fuerza y sigo haciéndole un repaso para nada caballeroso a la chica que ocupa la mesa más apartada de todas, lejos del ruido y el bullicio. No puedo distinguir su cara desde mi posición, lo que sí sé es que me acordaría de ella si la hubiese visto antes. Lo haría, a pesar de la larga lista de conquistas que se me atribuye y que no son para nada inventadas. ¿Qué le vamos a hacer? ¿Os dije que llevaba la palabra «problemas» tatuada en la frente? Pues la de «picaflor» está justo delante.

En mi defensa diré que Lincoln me gana o eso asegura él. Y no es que compitamos ni nada por el estilo, es que mi hermano es..., es como es.

—Ahora que estamos todos, ha llegado la hora de que os cuente que...

Solo escucho «blablablá». ¿Es Lincoln el que habla o Troy ha empezado a aportar algún dato científico que solo entiende él? Creo que, definitivamente, sí que ha sido una gran idea venir. Me equivocaba cuando os aseguré que no lo era. Craso error por mi parte.

—Y eso es todo —sentencia.

Todo y nada, porque no he escuchado lo que sea que haya expuesto y que parece ser que le ha robado el aliento a la mayoría de los aquí presentes. Los Sinclair nunca jamás permanecemos en silencio y si eso sucede es que algo muy grave pasa.

—¿Qué? —Lissy ha estado atenta, yo, por si acaso, permaneceré con el pico cerrado hasta que me den alguna pista de lo que ha pasado y pueda intervenir sin parecer un mal hermano.

Cosa que soy porque sigo sin poder apartar la vista de la chica del pelo lila. Lila, joder.

—Bueno, a mí me parece bien. —Jeremiah, como siempre, tan amable.

Podría estar cayéndose el mundo a pedazos, y Jeremiah buscaría la parte positiva de ello.

—Y a mí. —Si a Carter le parece bien, desde luego, a mí también, confío en su criterio.

—Zane se ha quedado sin palabras. —Todos me señalan o eso creo.

—Yo, bueno... Es el *shock*. —Nadie puede culparme por echar balones fuera.

Le propino un codazo a Jeremiah, que clava su mirada en mí.

—¿Qué ha contado? —susurro intentando que nadie me escuche.

En estos instantes soy medio camaleón, tengo un ojo puesto en mi amigo y otro en la chica del fondo.

Jeremiah chasquea la lengua con desaprobación.

—Tu hermano se ha enamorado —suelta. Y lo hace como el que lee un prospecto o el que repasa la lista de la compra.

—¿¡Qué! —Esto es una medio exclamación, un medio grito y un medio jadeo—. ¿De un microscopio nuevo o algo así? —Capullo es mi tercer nombre.

Picaflor, problemas, capullo, sí.

Insisto, es el *shock* el que habla por mí.

—Es perfecta, Zane, absolutamente perfecta. —Si hasta me lo creo...

—A ver... —intercede Lissy—, estamos hablando de una persona real, ¿verdad? —Alguien tenía que decirlo abiertamente, sí.

¿Entendéis por qué amamos a Lissy? Además de por sus cócteles y por su poco filtro.

—Por supuesto, ¿por quién me tomáis?

¿Por un ratón de biblioteca?, ¿por mi hermano, ese que solo piensa en cómo depurar agua al menor coste posible?, ¿ese que ha estado más pendiente de los libros y de las fórmulas que de las chicas y sus faldas?, ¿el que asegura, Navidad tras Navidad, que el amor es una respuesta química a no sé qué hormonas? ¿Os apetece que siga? Porque tengo repertorio para rato.

—¿Hace falta que responda a eso? —Sí, continúa siendo mi cuñada y me alegra infinito que haya decidido colarse en una reunión a la que no había sido invitada. Es bastante probable que no fuese convocada por este motivo en concreto.

—Estoy hablando en serio —musita Troy, que no parece nada ofendido con la cantidad de preguntas incómodas que le está haciendo mi cuñada, tampoco con las miradas inquisitivas del resto. Y con «el resto» me refiero a mí y a Lincoln, que por lo que veo tiene el ceño tan fruncido que bien podría correr esa agua depurada de las que os he hablado por esos surcos que se le han formado en la frente—. Ah, ahora comportaos. —Señala hacia la misma puerta por la que hemos entrado todos y que hemos temido en más de una ocasión que se caiga a pedazos al empujarla.

Nos giramos en busca de la chica en cuestión, ellos lo hacen, yo vuelvo a clavar la vista en la chica desconocida. Desconocida por poco tiempo, solo para comprobar que ahí sigue.

Lo primero que percibo es el codazo de Lissy en el costado. Seguido del dolor punzante porque me ha dado más fuerte de lo que debería ser moralmente aceptable. Recordad una cosa: mi abuela reparte collejas como panes y Lissy tiene una fuerza que te cagas. Mi costilla, o lo que queda de ella, da fe de ello.

Puede que después de conocer a la chica, me pase por urgencias por si tengo una fisura o algo mucho peor.

—Eso ha estado fuera de lugar. —Me refiero al codazo, por supuesto.

El dedo índice de Lissy se alza.

—Eso sí que está fuera de lugar.

Vale, a esa chica tampoco la conozco. Y hay algo que me pide que huya lejos.

Ni siquiera me voy a extender en describirla. Ni voy a prejuizar, porque está feo.

—Tiene cara de zorra. —Y porque, para prejuizar, ya tenemos a mi cuñada.

—Troy está enamorado, deja de ser tan quisquillosa. —Carter intenta mediar, pobrecito mío, no entiendo cómo no se ha dado cuenta en todos estos años de que cualquier batalla contra su mujer es una guerra perdida.

—Tiene cara de zorra, ¿verdad, Zane?

—No pienso responder a eso. —La tiene.

—Démosle una oportunidad —pide Jeremiah. Tan apaciguador como de costumbre.

Lincoln no ha abierto la boca y eso solo puede significar algo...

Algo chungo.

La chica, esa de la que desconocemos todo «casi todos» los presentes, se acerca y comienza a repartir besos sin ton ni son. Cuando llega a mi altura, me aprieta el brazo y su otra mano se posa sobre mi pecho. Tal vez sean imaginaciones mías, pero me atrevo a asegurar que ese beso ha estado muy cerca de la comisura de mis labios y sus uñas han rasgado mi pecho de una forma muy poco adecuada.

No me hace maldita gracia.

Observo a Lissy, que le tiende la mano como si tuviese la peste bubónica.

Asiente en mi dirección sin necesidad de pronunciar la palabrota. Yo asiento devolviéndole el gesto. Más tarde charlaremos de esto con un cóctel en el porche. E interrogaré a Lincoln por su mutismo.

—Ella es Whitney —la presenta Troy.

No aparta su mirada de mí.

Yo desvío la vista hacia la chica del pelo lila.

No hay rastro de ella.

¿Veis? Esta noche, definitivamente, no iba a ser mi noche.